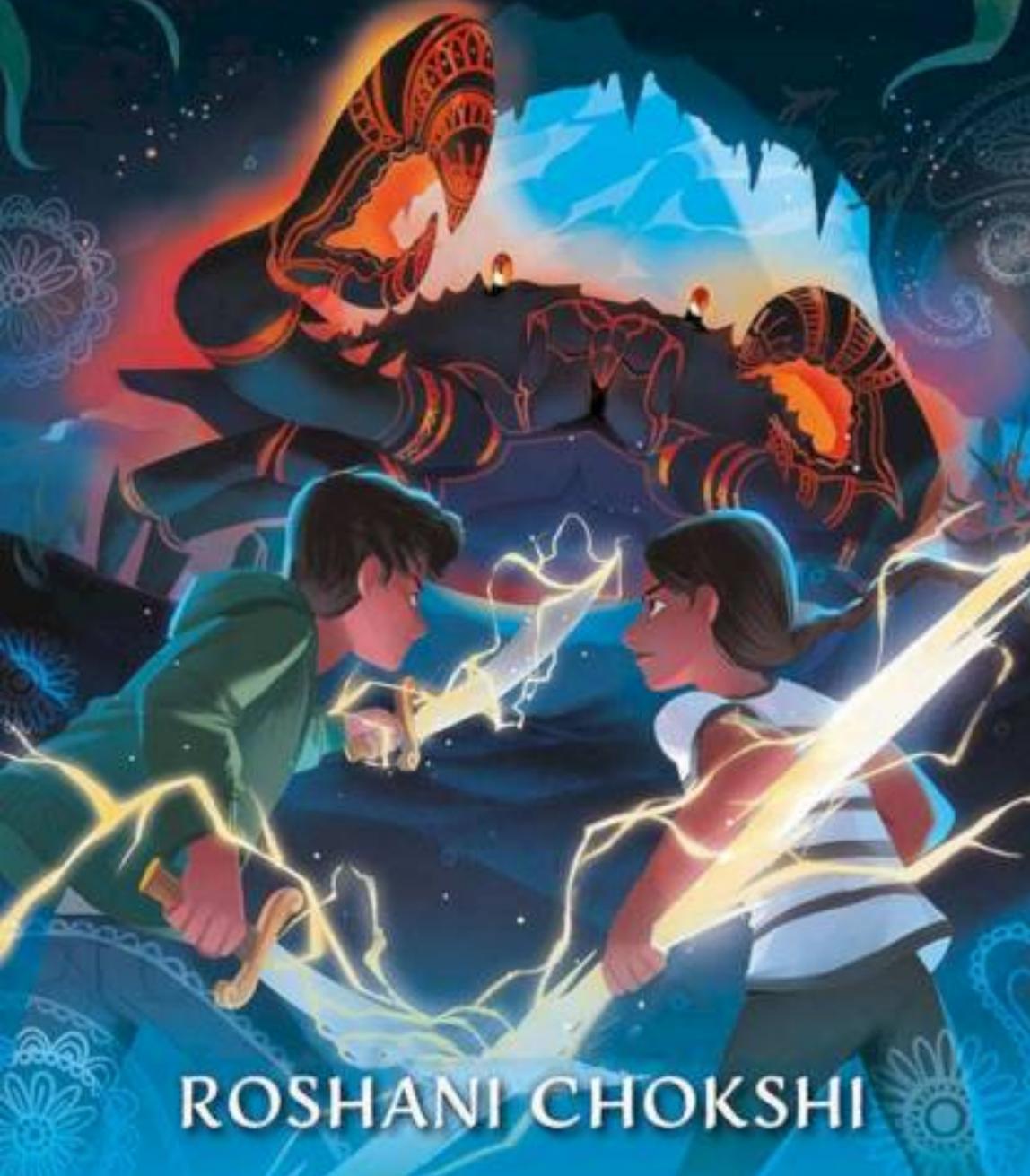




RICK RIORDAN PRESENTA

Aru Shah

Y LA CANCIÓN DE LA MUERTE



ROSHANI CHOKSHI

Aru todavía está descubriendo los secretos de los Pandava cuando se desata la locura en el Inframundo. El arco y la flecha del dios del amor han desaparecido, y el ladrón no está jugando a hacer de Cupido. En lugar de eso, está convirtiendo a la gente en una especie de máquinas de luchar zombis sin sentimientos. Y, por si esto no fuera lo bastante malo, todos creen que Aru es la ladrona. Si no encuentra el arco antes de la próxima luna llena, la expulsarán del Inframundo. Para siempre. Así que Aru y su hermana del alma, Mini, se unirán a Brynne, una chica muy fuerte que sabe más de lo que deja entrever, y Aiden, el chico que vive al otro lado de la calle y que también oculta un montón de secretos. Juntos lucharán contra demonios, viajarán a través del asombroso (y peligrosísimo) reino de las serpientes y descubrirán que su enemigo no era para nada el que esperaban.

Índice de contenido

Cubierta

Aru Shah y la canción de la muerte

1. ¿Un nuevo demonio? ¿Dónde?
2. Menudas son las Pandava
3. Aru Shah: semidiosa y hámster en potencia
4. Acabamos de volver, literalmente, de otra misión
5. No pasa nada, de verdad
6. El Almacén de Material de Misiones, también conocido como «No Toques Eso»
7. ¿A quién no le gustan las barritas de muesli veganas?
8. Los cisnes son lo peor
9. La vez que me incineraron
10. Pues ha ido bien... Ah, no
11. ¿Te da miedo el mar? O sea, no. Ja, ja, ¿lo pillas?
12. Aru Shah es un trocito de sushi
13. A ver, técnicamente somos familia...
14. ¡Ven, gatito monstruoso!
15. No, no sé cantar; dejadme en paz

16. Mini recibe un nuevo (y espeluznante) poder
17. El secreto de Ulupi
18. Una tregua de chocolate
19. Desss-pa-CITO
20. No confío en nadie y nadie confía en mí
21. La samosa peligrosa
22. El encanto de Aiden
23. No metas a La Roca en esto
24. Errores que se cometen...
25. Y llegaron las vacas ardientes
26. Cómo odiamos a las vacas
27. Las maldiciones del sabio Durvasa
28. ¡Nos vamos a morir de hambre para nada!
29. ¿De verdad tus padres te pusieron Chispas?
30. Brynne pierde un concurso de comer
31. Aru Shah está que arde. No, en serio, que arde de verdad, no es un simulacro
32. Regalos del tío Agni
33. Ahora en serio: ¿y las galletas?
34. ¡Ay, ay! ¡No, no! Espera un momento...

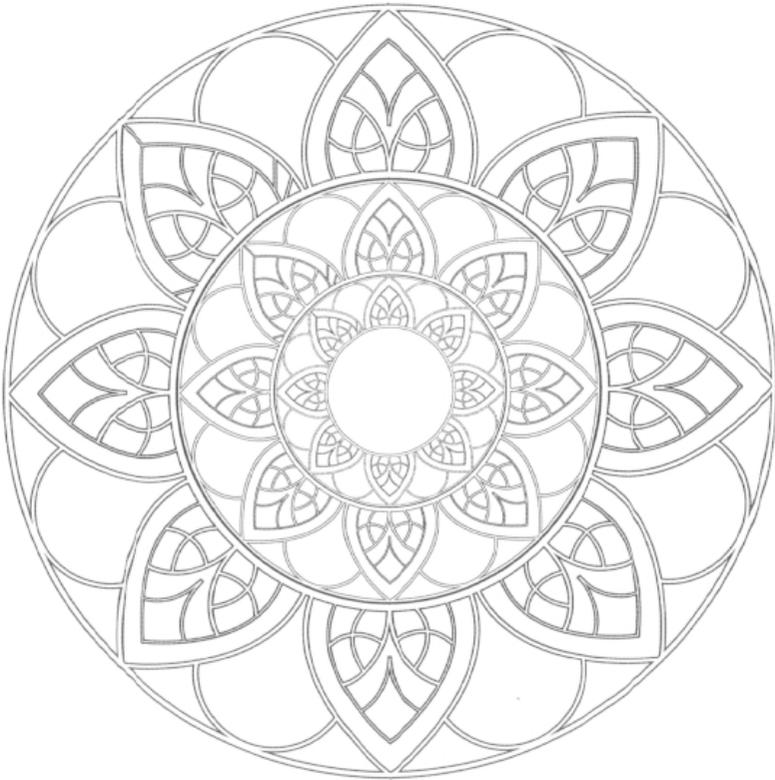
35. ¡Hola, nueva amiga!
36. La historia de la princesa demoníaca
37. La petición de la Dama M
38. ¿Quién es el descorazonado ahora?
39. Sombragrís es nuestra salvación
40. Qué cosa más rara
41. ¡No puedes pasar!
42. Una nueva historia de Aru

Glosario

Acerca de la autora

Notas

*A mis abuelos:
Vijya, Ramesh, Apolonia y
Antonio,
que llevaban consigo tanto al
cruzar el océano.
Os quiero.*



UNO

¿Un nuevo demonio? ¿Dónde?

Aru Shah tenía un relámpago gigantesco y muchísimas ganas de utilizarlo.

Pero si lo usaba, se arriesgaba a atraer la atención de las hordas de zombis que en ese momento inundaban el Bazar Nocturno.

—Es el peor sábado *de la historia* —se quejó Mini mientras sujetaba su arma celestial como si fuera un osito de peluche.

Mientras que el padre espiritual de Aru —el dios del trueno— le dio un rayo llamado *vajra*, el padre espiritual de Mini —el dios de la muerte— le entregó una vara encantada llamada *danda*.

Las dos se agacharon bajo una mesa, al lado del puesto de Yogures y Sueños Helados, y observaron a través de las grietas de la madera como los habitantes del Más Allá corrían, gritaban y tiraban al suelo las bolsas de la compra o como un *raksasa* con cabeza de toro le asestaba un golpe a un zombi en la cabeza con una bolsa llena de tomates.

Por megafonía resonaba un mensaje:

—¡ATENCIÓN, ATENCIÓN! UNA PRESENCIA DEMONÍACA NO DESEADA HA SIDO LOCALIZADA EN ESTA ZONA. POR FAVOR, EVACÚEN EL BAZAR NOCTURNO. ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN...!

A Aru no le gustaba nada quedarse quieta. Pero su misión en el Bazar no era la de luchar, sino la de *encontrar*... porque en algún lugar del Bazar Nocturno se encontraba la ladrona que había desatado la alarma del Más Allá, y seguramente la aparición de todos aquellos zombis.

Por desgracia para ella, la ladrona era también su hermana Pandava más reciente.

Es decir, igual que Aru y Mini, era la reencarnación de uno de los cinco semidioses hermanos y legendarios de la mitología hindú. Unas horas antes, la vieron con un arco y una flecha, y Bu, su mentor con forma de paloma, les había dicho: «Esa era vuestra hermana».

—¡Aru! —susurró Mini.

—¡Calla! Podría encontrarnos algún zombi...

—Creo... creo que ya nos ha encontrado uno... —dijo Mini.

Aru se giró justo a tiempo para ver que un par de manos pálidas daban la vuelta a la mesa que les servía de escondite. Las luces del sol y de la luna las bañaron con fuerza desde el cielo, medio de día, medio de noche. Aru parpadeó al verse rodeada de pronto por tanta claridad. No consiguió apreciar bien los rasgos del zombi, ni siquiera cuando el monstruo arrancó una pata de la mesa («¡¿CÓMO TE ATREVES?!», aulló el puesto) y la blandió hacia ellas.

Quizás Aru tendría que haber sentido miedo, pero llevaba consigo un arma imponente y sabía cómo empuñarla.

Lanzó el *vajra* como si fuera una jabalina. El relámpago le arrancó el trozo de madera de las manos al zombi y la criatura retiró el brazo del dolor. El puesto de yogures entero se volcó encima de él.

—¡Corre! —exclamó Mini.

El *vajra* regresó a las manos de Aru y ella salió disparada. A su alrededor, el Bazar Nocturno se había convertido en un caos. Los escaparates se habían derrumbado, y aunque la mayoría de los dueños de las tiendas se habían mar-

chado, los puestos seguían luchando. Un puesto de flores embrujado convirtió sus calabazas en una lluvia de explosivos, y la sección de electrodomésticos de cocina invocó un ejército de cucharas de madera para aporrear las cabezas de un grupo de zombis. Cuando algunos de los intrusos derramaron un bol de abalorios de cristal y empezaron a resbalar y a tropezar, el *yaksha* propietario del puesto les chilló:

—¡LO VAIS A PAGAR TODO! ¡Y NO OS PIENSO HACER EL DESCUENTO DE LOS SÁBADOS!

—¡El zombi nos está persiguiendo! —le gritó Mini a Aru.

Aru miró hacia atrás. Pues sí, el mismo zombi iba detrás de ellas, empujando por el camino los carritos de supermercado salvajes que recorrían el Bazar Nocturno a toda velocidad.

—¿Por qué *todos* los zombis se tambalean? —preguntó Aru—. ¿Es algo típico del universo zombi o qué?

Aru conjuró una red con el *vajra* con la esperanza de frenarlo, pero la malla electrificada se escurrió y el zombi la dejó atrás. Aru frunció el ceño. A lo mejor su puntería no era tan buena cuando corría... pero el *vajra* no le había fallado nunca al adoptar la forma de una red. Su arma volvió a ella, se transformó en un brazalete y le rodeó la muñeca.

Mini frenó de repente delante del pasillo de las *pizzas* y los encantamientos congelados. Una multitud de carritos, apretados unos contra otros por el miedo que tenían, les impedían el paso.

—¡Ahí está! —dijo Mini.

Al final del pasillo, Aru vio a la otra chica Pandava. La *ladrona*. Se había convertido en un lobo azul y corría con el arco y la flecha en la boca.

—¡Eh! ¡*Detente!* —gritó Mini.

Sin embargo, no pudieron seguirla. Delante de ellas, los carritos de supermercado siseaban y se movían hacia de-

lante y hacia atrás como una panda de gatos enfadados. Detrás de ellas, el zombi se acercaba entre tambaleos.

—¿Y si nos haces invisible? —preguntó Aru—. A lo mejor así lo dejamos atrás.

Conjurar una capa de invisibilidad con la *danda* era uno de los nuevos poderes que Mini había aprendido gracias al entrenamiento Pandava. Aunque todavía no se le daba demasiado bien. Mini trazó un arco con la vara en el aire y creó un campo de fuerza alrededor de las dos... un campo que enseguida titiló y se apagó.

Al otro lado de los carritos, la ladrona Pandava se escabullía antes de que Aru pudiera intentar atraparla.

Un grave gruñido sonó detrás de las chicas. Aru se giró poco a poco y deseó que el *vajra* fuera de nuevo un relámpago. Por primera vez, vio al zombi con todo detalle. Era alto y llevaba un abrigo blanco abierto que dejaba al descubierto su pecho desnudo, lo que nos permitió ver la extraña cicatriz pálida que tenía sobre el corazón. No era tanto una herida como el centro de una telaraña, que parecía escarcha que sobresalía de la piel del monstruo. Y en ese momento, Aru se fijó en algo todavía más raro. Los botones del abrigo eran broches esmaltados con forma de dientes. Junto a la solapa izquierda se leían unas palabras bordadas:

DR. ERNST WARREN, ODONTÓLOGO

¡ABRE BIEN!

—¿El zombi es dentista? —dijo Aru.

—Mi tía es dentista —respondió Mini—. Me contó que era una profesión descorazonadora.

—Tiene sentido.

Como si lo hubieran ofendido mucho, el zombi emitió un grito gutural y se abalanzó sobre ellas.

Las semanas de entrenamiento afloraron de inmediato. En medio segundo, las dos se pusieron espalda contra es-

palda, las armas levantadas ante ellas. El zombi rugió y alzó las manos. Mini blandió la *danda*, le golpeó los tobillos y lo derribó. Aru giró el *vajra* hasta que el objeto se convirtió en una cuerda, una cuerda que lanzó al zombi para atarle las muñecas y los tobillos.

Mini le dedicó una sonrisa radiante a Aru, pero al cabo de un segundo se le cayó el alma a los pies.

—No tengas miedo —dijo Aru—. ¡Dos contra uno está la mar de bien!

—¿Y qué me dices de dos contra dos *decenas*?

Aru siguió la mirada de Mini. El pánico le inundó el corazón al ver que de los escombros de los escaparates salían veinte zombis. Todos con la misma expresión pálida y ropa desgarrada que dejaba al descubierto la misma herida de escarcha justo encima del corazón. En ese momento, el zombi de los yogures se liberó de la cuerda de relámpago y el *vajra* regresó a las manos de Aru. A su lado, Mini proyectó otro campo de fuerza, pero ese también parpadeó y se debilitó.

—Nuestras armas no funcionan... —dijo Mini.

Aru no quería admitirlo, pero Mini tenía razón. Tendría que haber sido imposible. Normalmente, las armas celestiales eran superiores a todo salvo... bueno, a *otras* armas celestiales.

Y justo entonces, una sombra cruzó por encima de ellas. Las dos levantaron la mirada y vieron que Bu volaba hacia ellas. En las garras llevaba un frasquito gris.

—¡Esas Pandava son *mías*! —les chilló furiosamente a los zombis.

Cayó en picado delante de las chicas y estrelló el frasquito contra el suelo. De pronto surgieron columnas de humo que oscurecieron la visión de los zombis. Bu levantó el vuelo de prisa, se giró y les dijo:

—No hay tiempo que perder, chicas. ¡Id a por vuestra hermana!

«Vaya hermana», pensó Aru. La otra Pandava, fuera quien fuera, había sido la causante de todo ese caos.

—Pero ¿y tú? —le preguntó Mini, preocupada.

—Yo soy una paloma capaz de incordiar a una multitud. —Bu hinchó el pecho—. No os preocupéis por mí. ¡Encontradla!

Aru y Mini se giraron para enfrentarse al grupo de carritos de supermercado cabreados. El que estaba más cerca de ellas rechinó las barras de metal y después se encabritó sobre las ruedas traseras.

Aru dio vueltas al *vajra* en forma de cuerda y lo lanzó hacia el carrito. El ser corcoveó con rabia, pero el lazo de relámpago lo tenía bien sujeto. Aru trepó sobre el carrito y tiró de Mini para que la siguiera.

—¡Arre! —gritó Aru, ahora utilizando el *vajra* como si fueran las riendas.

El carrito del supermercado resopló, se inclinó hacia atrás y echó a correr hacia el resto de carritos por el pasillo de los congelados. Mini asomó la cabeza fuera del carrito y lanzó cientos de cajas al suelo para detener a los zombis.

—¡Voy a tener que invertir todos mis ahorros en pagar esto! —gritó.

Aru tiró de las riendas hacia la derecha y guio el carrito hacia el último lugar en el que habían visto a la Pandava. Al final del pasillo, un camino de tierra conducía hacia un estadio en el que sabía que se entrenaban algunos estudiantes. Aru y Mini no habían conocido a ninguno de los otros chavales que, gracias a su linaje, estudiaban en el Más Allá. A Aru le gustaba pensar que a Mini y a ella las mantenían separadas de los demás porque, al ser Pandava, necesitaban clases *exclusivas*. Pero Mini sospechaba que más bien era porque iban a clases de refuerzo...

En cuanto llegaron al estadio, Aru vio que un par de chicas luchaban por hacerse con el arco dorado y la flecha. Una era la hermana Pandava que habían visto antes, la cambiaformas. Tenía la piel morena y el pelo castaño con mechas doradas. También era ridículamente alta, y aunque sus extremidades eran muy largas, no era una chica desgarrada como Aru, sino fuerte y robusta, y con un montón de pulseras de metal.

Y la otra chica... Aru tuvo la sensación de que le habían arrancado todo el aire de los pulmones.

—¿Cómo es posible? —susurró Mini.

Porque la persona a la que la Pandava se enfrentaba era...

Aru.



Menudas son las Pandava

—¿**E**sa no eres... tú? —dijo Mini, con la voz teñida de una pizquita de inseguridad.

La auténtica Aru señaló a la falsa Aru, que le estaba lanzando un poderoso gancho a la otra chica Pandava. El arco y la flecha estaban en el suelo, a su lado.

—¿Cuándo he vestido yo *SOLO* con tela vaquera?! —protestó Aru.

—Es verdad —dijo Mini. Se subió un poco las gafas.

A regañadientes, Aru tenía que admitir que la otra Pandava peleaba muy bien. Se movía superdeprisa, esquivaba los golpes y levantaba polvo. En un momento dado, se transformó en un jaguar azul gigantesco (algo de lo más injusto) y atacó a la falsa Aru, pero esta se defendió. Con un último y potente golpe, la falsa Aru envió a la Pandava en forma de jaguar contra una pared, que cayó al suelo, inconsciente. Con un destello de luz azulada, el gran felino volvió a adoptar la forma de una chica.

La falsa Aru se pasó la mano por la boca, respirando con dificultad, y cogió el arco y la flecha. A continuación, chasqueó los dedos. Los zombis, que habían seguido corriendo incontrolados por el Bazar Nocturno, de repente se quedaron quietos.

Aru abrió los ojos como platos. La falsa Aru *controlaba* a los zombis. Pero ¿cómo?